

Ian McEwan
JARDÍN DE CEMENTO



En una casa de los suburbios de Londres, vive un familia como cualquiera otra, hasta el día en que fallece el padre y en que los hijos deben asumir la gestión de la casa y de sus propias vidas, ya que la madre padece una grave enfermedad que la obliga a permanecer encerrada en su cuarto. Esta repentina e inesperada ausencia de la autoridad, del punto de referencia que siempre es un padre, lleva esta pequeña comunidad de adolescentes a crear una nueva organización, un nuevo sistema de vida, que, gracias a una gradual escalada de insólitas situaciones, los convierte en seres extraños, que actúan de un modo poco usual, ajenos a las normas que rigen una sociedad patriarcal como la nuestra. ¿Serán pequeños monstruos, o simplemente seres de otra galaxia? ¿Cómo afrontarán el despertar del sexo, la muerte, la convivencia, la justicia, la violencia? Contada por el hijo de 16 años, esta historia es, según el autor, «un relato, algo estremecedor, acerca de las cadenas edípicas que a la vez amenazan y cimientan las relaciones familiares».

Primera parte

1

Yo no maté a mi padre, pero a veces me he sentido como si hubiera contribuido a ello. Y, de no ser porque coincidió con un momento específico de mi desarrollo físico, su muerte me pareció insignificante comparada con lo que siguió. Mis hermanas y yo hablamos de él durante la semana que siguió a su muerte y, a decir verdad, Sue se echó a llorar cuando los enfermeros lo envolvieron en una manta rojo chillón y se lo llevaron. Era un hombre frágil, irascible, obsesivo y de manos y rostro amarillentos. Si incluyo aquí el breve relato de su muerte es únicamente para explicar por qué mis hermanas y yo tuvimos a nuestra disposición tanto cemento.

A principios del estío en que yo tenía catorce años, un camión se detuvo ante nuestra casa. Yo estaba sentado en la escalinata de la fachada y releía un tebeo. El conductor y otro sujeto se me acercaron. Estaban cubiertos de una fina capa de polvo blanco que daba a su cara un aspecto fantasmal. Ambos silbaban una canción estridente, y las dos canciones eran del todo distintas. Me puse de pie y oculté el tebeo. Habría preferido estar leyendo la crónica del fútbol o los resultados de las carreras hípicas en el periódico de mi padre.

—¿Cemento? —dijo uno.

Enganché los pulgares en el bolsillo, me apoyé en el otro pie y entorné un tanto los ojos. Quería decir algo escueto y oportuno, pero no estaba seguro de haberles oído bien. Tardé demasiado, pues el que había hablado miró al cielo y, con las manos en las caderas, pasó a mi lado ca-

mino de la puerta. Se abrió ésta y salió mi padre mordisqueando la pipa y sujetando un cartapacio contra la cintura.

—Cemento —repitió el hombre, esta vez en tono descendente.

Mi padre asintió. Doblé el tebeo, me lo guardé en el bolsillo trasero y seguí a los tres hombres, sendero arriba, hacia el camión. Mi padre se alzó de puntillas para mirar por encima del lateral, se quitó la pipa de la boca y asintió otra vez. El que aún no había hablado dio un golpe brusco con la mano. Se soltó una espiga y el lateral del camión cayó con gran estruendo. Los sacos de cemento, bien prietos, estaban alineados en dos filas en la caja del camión. Mi padre los contó, echó un vistazo al cartapacio y dijo:

—Quince.

Los dos hombres emitieron un gruñido. Me gustaba aquel tipo de conversación. «Quince», dije para mí. Los hombres cargaron al hombro un saco cada uno y desandamos el sendero, esta vez conmigo delante y mi padre inmediatamente detrás. Al doblar por el lateral de la casa, señaló la trampilla del carbón con la boquilla de la pipa, que estaba mojada. Los hombres lanzaron por la trampilla los sacos y volvieron a buscar más al camión. Mi padre hizo una marca en el cartapacio con el lápiz que colgaba del mismo mediante un cordel. Giró sobre sus talones y se mantuvo a la espera. Yo me apoyé en la valla. No sabía para qué era el cemento, y tampoco quería permanecer al margen de todo aquel trabajo a causa de mi ignorancia. También yo fui contando los sacos y, cuando todos estuvieron dentro, me coloqué junto a mi padre, que en aquel momento firmaba el albarán de entrega. Entonces, sin decir palabra, entró en casa.

Aquella noche mis padres discutieron a propósito del cemento. Mi madre, una persona más bien tranquila, estaba furiosa. Quería que mi padre devolviera toda la carga. Acabábamos de cenar. Mientras hablaba con mi madre, mi padre rascaba con un cortaplumas los pegotes negros de la

cazoleta de la pipa; los pegotes caían en la comida, que apenas había probado. Sabía cómo utilizar la pipa contra mi madre. Ésta argumentaba que tenían poco dinero y que Tom no tardaría en necesitar ropa nueva para ir al colegio. Él volvió a colocarse la pipa entre los dientes, como si fuera una parte más de su anatomía, y la interrumpió para decir que la devolución de los sacos era *inadmisibile* y que la discusión había terminado. Como había visto con mis propios ojos el camión, los pesados sacos y los hombres que los habían transportado, me pareció que él tenía razón. Pero qué engreído y ridículo me pareció al verlo sacarse la pipa de la boca, sujeta por la cazoleta y apuntar a mi madre con la boquilla negra.

Ella se enfureció aún más y se le quebró la voz de indignación. Julie, Sue y yo nos escabullimos escaleras arriba hacia el dormitorio de Julie, y cerramos la puerta. Los altibajos de la voz de mi madre nos llegaban a través del suelo, pero no entendíamos las palabras.

Sue se tendió en la cama, riendo con los nudillos en la boca, mientras Julie ponía una silla contra la puerta. Entre los dos desnudamos rápidamente a Sue y, cuando le bajábamos las bragas, nos rozamos las manos. Sue era bastante delgada. Tenía la piel pegada a las costillas, y el terso perfil muscular de ambas nalgas se parecía extrañamente a sus paletillas. Una tenue mata pelirroja le crecía entre las piernas. El juego consistía en que Julie y yo éramos científicos que examinaban a una criatura del espacio. Hablábamos con voz entrecortada, imitando el acento alemán, mientras nos mirábamos por encima del cuerpo desnudo. De abajo nos llegaba el murmullo cansado y monótono de la voz de nuestra madre. Julie tenía los pómulos altos, lo que le confería un acusado parentesco con algún extraño animal salvaje. Bajo la luz eléctrica, sus ojos eran negros y grandes. Los dos dientes delanteros le quebraban la suave línea de la boca y tenía que hacer un pequeño mohín para ocultar

su sonrisa. Yo me moría de ganas de examinarla a ella, pero el juego no lo permitía.

—¿Y bien?

Pusimos a Sue de costado y luego boca abajo. Le acariciamos la espalda y los muslos con las uñas.

Le miramos dentro de la boca y entre las piernas con una linterna, y nos detuvimos en el conejito de carne.

—¿Qué oppina ustet de essto, herr doktor?

Julie le acariciaba el conejito con un dedo humedecido, y un ligero temblor recorría la columna vertebral de Sue. Observé más de cerca. Me humedecí el índice y lo deslicé por el de Julie.

—Nadda imporrante —sentenció ella al poco, y le cerró la rajita con el índice y el pulgar—. Perro habrrá ke obserfarr cómo se desarrolla, *ja*?

Sue nos pidió que continuáramos. Julie y yo nos miramos como si entendiéramos, sin entender nada.

—Le toca a Julie —dije.

—No —contestó, como siempre—. Te toca a ti.

Todavía de espaldas, Sue nos suplicaba que siguiéramos. Crucé la habitación, recogí la falda de Sue y se la arrojé.

—Inadmisible —dije con una pipa imaginaria—. La discusión ha terminado. —Me encerré en el cuarto de baño y me senté en el borde del váter con los pantalones en los tobillos. Pensé en los dedos morenos de Julie entre las piernas de Sue, y me la sacudí hasta conseguir una rápida y seca descarga de placer. Me quedé encogido después del espasmo y entonces me di cuenta de que las voces de abajo habían desaparecido hacía rato.

A la mañana siguiente bajé al sótano con Tom, mi hermano menor. El sótano era grande y estaba dividido en una serie de cubículos. Tom se me agarró del costado mientras bajábamos la escalera de piedra.

Él había oído hablar de los sacos de cemento y quería verlos. La trampilla del carbón daba al cubículo mayor, y los

sacos estaban amontonados, tal como habían caído, sobre lo que quedaba del carbón del año anterior. Junto a una pared había un gran baúl de hojalata, relacionado con la breve estancia de mi padre en el Ejército y que durante un tiempo se utilizó para separar el coque del otro carbón. Tom quería mirar dentro, de modo que alcé la tapa. Estaba vacío y negro, tan negro que a la luz mortecina del sótano no alcanzábamos a ver el fondo. Convencido de que miraba a un profundo agujero, Tom se sujetó al borde, lanzó un grito al interior y esperó el eco. Como nada ocurría, me pidió que le enseñara los demás cubículos. Lo llevé al más cercano a las escaleras. La puerta estaba bastante desvencijada y, cuando la empujé, se vino abajo. Tom se echó a reír y en aquella ocasión sí se oyó el eco procedente del cubículo que acabábamos de dejar. En el que teníamos delante había cajas de cartón con ropa mohosa, ropa que yo nunca había visto. Tom encontró algunos de sus juguetes viejos. Los revolvió despectivamente con el pie y me dijo que eran para niños pequeños. Tirada tras la puerta había una cuna vieja, de latón, en la que todos habíamos dormido alguna vez. Tom quería que se la montase, y le dije que también las cunas eran para los niños pequeños.

Al pie de la escalera nos encontramos con nuestro padre, que bajaba a buscarnos. Me buscaba, dijo, para que le echara una mano con los sacos.

Lo seguimos hasta el cubículo más grande. Tom tenía miedo de nuestro padre y avanzaba detrás de mí. Julie me había dicho hacía poco que papá estaba ya medio inválido y que tendría que competir con Tom para disputarse la atención de mamá. Era una brillante ocurrencia, y reflexioné sobre ella durante bastante tiempo. Tan sencillo, tan fantástico, un chico y un adulto compitiendo. Después pregunté a Julie quién ganaría y ella me contestó sin vacilar:

—Tom, por supuesto, y papá se vengará de él.

El caso es que papá era muy estricto con Tom, siempre se metía con él como para provocarle. Utilizaba a mamá

contra Tom mucho más de lo que utilizaba la pipa contra ella. «No hables así a tu madre», o «Ponte derecho cuando tu madre te habla». Ella lo aceptaba todo en silencio. Si papá salía entonces de la habitación, ella dirigía una breve sonrisa a Tom o le revolvió el pelo con la mano. Tom se había apartado de la puerta y observaba cómo entre los dos arrastrábamos de uno en uno los sacos, que íbamos colocando en dos pulcras hileras junto a la pared; por lo del ataque al corazón, a mi padre le habían prohibido aquella clase de esfuerzos, pero yo me aseguraba de que cargase tanto peso como yo.

Cuando nos agachábamos y cada uno asía un extremo del saco, me daba cuenta de que él se retrasaba, en espera de que yo hiciese todo el esfuerzo. Pero yo decía: «Uno, dos, tres...», y tiraba sólo cuando le veía los brazos en tensión. Si iba a llevar yo la peor parte, quería que lo reconociese en voz alta.

Cuando terminamos, retrocedimos unos pasos, como hacen los trabajadores, para contemplar la faena. Mi padre apoyó una mano en la pared, resollando con fatiga. Intencionadamente, yo respiraba con el mayor silencio, por la nariz, aunque estuve a punto de desmayarme. Puse los brazos en jarras, con indiferencia.

—¿Para qué quieres todo esto? —me pareció que ya tenía derecho a preguntar.

Mi padre perseguía las palabras entre resuellos.

—Para... el jardín.

Esperaba que me diera más información, pero al poco se dio la vuelta para marcharse. En la puerta agarró a Tom por el brazo.

—Mira cómo tienes las manos —le riñó, sin percatarse del estropicio que su propia mano hacía en la camisa de Tom—. Vamos, arrea para arriba.

Yo me quedé un momento en el sótano y después empecé a apagar las luces. Al oír los chasquidos, o eso me pa-

reció, mi padre se detuvo al pie de la escalera y me recordó con severidad que apagara todas las luces antes de subir.

—Ya estoy apagándolas —dije con irritación. Pero él ya subía los peldaños entre ruidosas toses.

Más que cultivado, papá había construido el jardín, según los planos que a veces extendía sobre la mesa de la cocina, al anochecer, mientras nosotros mirábamos por encima de su hombro. Había senderos de losas estrechas que trazaban curvas complicadas para ver canteros de flores, separados apenas por unos metros. Una vereda daba vueltas alrededor de un parterre con vegetación de estilo alpestre, imitando un puerto de montaña. Se quedó estupefacto la vez en que vio a Tom recorrer en línea recta el lateral del parterre, sirviéndose de la vereda que subía en espiral como de un corto tramo de peldaños.

—Anda como es debido —le gritó desde la ventana de la cocina.

A medio metro del suelo, sobre un lecho de piedras, había un cuadrado de césped del tamaño de una mesa para jugar a las cartas. Alrededor del césped quedaba el espacio justo para una fila de caléndulas. Sólo él llamaba a aquello jardín colgante. En el centro exacto del jardín colgante se alzaba una estatua de yeso que representaba a Pan bailando. Esparcidos por todo el jardín había cortos tramos de escalones que bajaban bruscamente y, acto seguido, subían. Había un estanque con el fondo de plástico azul. Cierta día trajo dos carpas doradas en una bolsa de plástico. Los pájaros se las comieron antes de ponerse el sol. Las veredas eran tan estrechas que uno podía perder el equilibrio y caerse en los canteros de flores. Seleccionaba las flores pensando en la limpieza y la simetría del jardín. Le gustaban sobre todo los tulipanes, y los cultivaba aparte. No le gustaban los arbustos, la hiedra ni las rosas. Nunca habría tenido ninguna planta trepadora. A ambos lados de nuestra casa, las viviendas habían desaparecido y en verano los solares se llenaban de malas hierbas con sus flores silvestres.

Antes de sufrir el primer ataque cardíaco, había querido levantar un muro que rodease su mundo particular.

En la familia había unas cuantas bromas que mi padre había iniciado y que se encargaba de que no cayeran en el olvido. Sobre Sue, porque casi no se le veían las cejas y las pestañas; sobre Julie, porque quería ser una deportista célebre; sobre Tom, porque a veces se meaba en la cama; sobre mamá, porque estaba pez en aritmética, y sobre mí, porque por entonces empezaban a salirme granos. Una vez, mientras cenábamos, le pasé una bandeja de comida y él comentó que no le gustaba que su comida estuviese demasiado cerca de mi cara. Las carcajadas fueron inmediatas y rituales. Dado que estos chistecitos los orquestaba papá, ninguno valía contra él. Aquella noche, Julie y yo nos encerramos en el cuarto de ésta y llenamos páginas de bromas tan violentas como forzadas. Todo cuanto pensábamos nos parecía gracioso. Y, por la risa, nos caíamos al suelo, sujetándonos la barriga, retorciéndonos de placer. Fuera, Tom y Sue golpeaban la puerta pidiendo que les dejáramos entrar. Nuestras mejores bromas eran, según pensábamos, las de preguntas y respuestas. Algunas aludían al estreñimiento de papá. Pero conocíamos el blanco verdadero. Seleccionamos las mejores, las pulimos y las ensayamos un poco; luego, esperamos un par de días. Estábamos cenando y dio la casualidad de que nos salió con otra cuchufleta a propósito de mis granujos. Aguardamos a que Tom y Sue terminaran de reír. El corazón me latía tan fuerte que era difícil que nuestra interpretación pareciera incidental y espontánea.

—Hoy —dije— he visto una cosa en el jardín que me ha causado una gran impresión.

—¡Oh! —dijo Julie—. ¿Qué era?

—Una flor.

Al parecer, nadie nos oyó. Tom hablaba consigo mismo, mamá se servía un poco de leche en la taza y papá seguía untando mantequilla, con mucha atención, en la rebanada

de pan que tenía ante sí. Allí donde la mantequilla rebasaba el borde, la hacía retroceder con un rápido y deslizante movimiento del cuchillo. Pensé que quizá debíamos repetir la broma en voz más alta y observé a Julie. Pero no me devolvió la mirada. Papá apuró el pan y salió de la habitación.

—Ha sido más bien innecesario —dijo mamá.

—¿El qué? —pregunté, pero no me dijo nada más.

Sobre papá no se hacían chistes porque no eran divertidos. Se ponía de mal humor. Me sentí culpable, cuando lo que quería era pasármelo bien. Traté de convencer a Julie de nuestra victoria para que ella, a su vez, me convenciera a mí. Hicimos que Sue subiera aquella noche y se echara entre nosotros, pero el juego no nos deparó diversión alguna. Sue acabó por aburrirse y se fue. Julie quería disculparse, arreglarlo como fuera. Yo no podía ni pensar en ello, pero cuando, dos días después, mi padre me dirigió la palabra por primera vez, me sentí muy aliviado. El jardín dejó de mencionarse durante un buen tiempo y, cuando cubría la mesa de la cocina con sus planos, estaba él solo para mirarlos. Después del primer ataque al corazón, dejó de trabajar en el jardín. Las malas hierbas se abrieron paso entre las ranuras de las piedras, un trozo del parterre alpino se vino abajo y el pequeño estanque se secó. El Pan danzarín se cayó de lado, se rompió en dos y nadie dijo nada. La posibilidad de que Julie y yo fuéramos responsables de aquella catástrofe me llenaba de terror y de placer.

Poco después del cemento, llegó la arena. Un montón amarillo claro llenaba un rincón del jardín delantero. Se hizo patente, por mediación de mi madre, que el plan consistía en rodear la casa, por delante y por detrás, con una explanada uniforme de cemento. Mi padre lo confirmó una tarde.

—Será más limpio —dijo—. Ya no soy capaz de cuidar el jardín —se dio en la parte izquierda del pecho con la pipa— y ya no habrá más porquería en los suelos impecables de vuestra madre.

Estaba tan convencido de lo sensato de sus ocurrencias que, más por confusión que por miedo, nadie se opuso al plan. En realidad, me seducía la idea de que una gran calzada de cemento rodeara la casa. Se podría jugar al fútbol. Ya veía aterrizar helicópteros allí. Sobre todo, la idea de preparar el cemento y extenderlo por el jardín me fascinaba. Mi emoción aumentó cuando mi padre habló de alquilar una hormigonera.

Mi madre debió de decirle algo al respecto, porque, un sábado de junio por la mañana, nos pusimos a trabajar con un par de palas. Abrimos uno de los sacos del sótano y llenamos un cubo de zinc con polvo fino y grisáceo. Luego mi padre salió para recoger el cubo, que yo le alargué por la trampilla del carbón. Cuando se inclinó hacia delante, quedó perfilado sobre el cielo blanquecino e impersonal que había tras él. Vació el cubo en el sendero y me lo devolvió para que volviera a llenarlo. Cuando tuvimos bastante, trajimos una carretilla de arena de la parte delantera y la añadimos al montón. Su plan consistía en hacer un camino resistente alrededor de la casa para trasladar fácilmente la arena a la parte de atrás. Salvo sus ocasionales y escuetas instrucciones, no nos dirigíamos la palabra. Me encantaba que supiéramos con tal precisión lo que hacíamos y lo que el otro creía no tener que decir. Por una vez me sentí a gusto con él. Mientras yo iba a buscar agua con el cubo, él preparaba un montón de cemento y arena con un hoyo en el centro. Luego yo mezclaba y él añadía agua. Me enseñó a hacer más fuerza con la corva y el antebrazo. Yo fingí saberlo ya. Cuando la argamasa estuvo uniforme, la extendimos por el suelo. Entonces mi padre se arrodilló y alisó la superficie con la cara plana de una tabla. Yo estaba a sus espaldas, apoyado en la pala. Se incorporó, se recostó contra la valla y cerró los ojos. Cuando los abrió, parpadeó como sorprendido de encontrarse allí, y dijo:

—Bueno, en marcha otra vez. —Repetimos la operación, los cubos por la trampilla del carbón, la carretilla, el

agua, la mezcla, la extensión y la alisadura.

A la cuarta vez, un rotundo aburrimiento y ciertos deseos ya conocidos empezaron a entorpecer mis movimientos.

Bostezaba con frecuencia y sentía flojera en las corvas. En el sótano, me eché mano al calzoncillo. Me pregunté dónde estarían mis hermanas. ¿Por qué no ayudaban? Pasé a mi padre un cubo y entonces, dirigiéndome a su silueta, le dije que tenía que ir al lavabo. Suspiró y al mismo tiempo hizo un ruido con la lengua contra el cielo de la boca. Una vez arriba, consciente de su impaciencia, me la casqué a toda velocidad. Como de costumbre, la imagen representada fue la de la mano de Julie entre las piernas de Sue. De abajo me llegaban los golpes chirriantes de la pala. Mi padre mezclaba solo el cemento. Entonces ocurrió; me apareció de pronto en el dorso de la muñeca y, aunque sabía algo de eso por chistes y libros de biología del colegio, y lo aguardaba desde hacía muchos meses con la esperanza de no ser diferente de los demás, en ese momento me quedé atónito y turbado. En el borde de una mancha gris de cemento, relucía una pequeña perla de líquido, no lechosa, como había creído, sino incolora. La rocé con la lengua y no me supo a nada. La observé durante un buen rato y muy de cerca, buscando seres diminutos de rabo largo y vibrátil. Mientras miraba, se secó hasta volverse una costra brillante, apenas visible, que se resquebrajó cuando doblé la muñeca. Decidí no lavármela.

Recordé que mi padre esperaba y bajé a toda prisa. Mi madre, Julie y Sue hablaban en la cocina cuando la crucé. Al parecer no se fijaron en mí. Mi padre estaba tendido boca abajo en el suelo, con la cabeza apoyada en el cemento recién extendido. Tenía en la mano la tabla de alisar. Me acerqué despacio, sabiendo que debía correr en busca de ayuda. No pude moverme durante unos segundos. Miraba con asombro, como había hecho minutos antes. Una ligera brisa azotó una punta suelta de su camisa. Inmediatamente

después, todo bullía de actividad y ruido. Llegó una ambulancia y mi madre se fue en ella con mi padre, tendido en una camilla y cubierto con una manta roja. Sue lloraba en la sala de estar y Julie la tranquilizaba. La radio sonaba en la cocina. Cuando se fue la ambulancia, volví al exterior para mirar nuestra calzada. Cuando agarré la tabla y me puse a alisar con cuidado la huella de mi padre en el cemento blando y fresco, mi impresión se había desvanecido.